Envidia, me tienen envidia… 10/01/2014

Liuba Kogan

Investigadora de la Universidad del Pacífico

Los limeños tenemos una relación ambigua con la envidia; es decir, con lo que nos estremece cuando nos damos cuenta de lo que tienen las otras personas y nosotros no.

Hoy más que nunca, estamos expuestos a ver –en un contexto de importante crecimiento económico y de movilidad social- que muchos de nuestros vecinos o amigos adquieren nuevos bienes, viajan o hacen gastos antes impensados, mientras constatamos que nosotros consumimos menos, logramos menos o viajamos menos.

Los dichosos y exitosos consumidores pueden adoptar dos estrategias diferentes: o muestran orgullosos y desenfadados su nuevas adquisiciones invitándonos a casa, dándonos un paseíto en sus nuevos autos o contando las maravillas de sus últimos viajes; o, de lo contrario, cierran las cortinas de la casa y nos cuentan que en realidad no tienen mucho pero que últimamente están recibiendo remesas o que acaban de heredar a una tía lejana.

Esta última estrategia –la de morigerar la dimensión del gasto que se hace o de los logros conseguidos- responde al temor de ser envidiados y de sufrir –eventualmente- debido al mal que otros nos deseen- “Tu envidia es mi progreso” se lee en muchas combis, como un modo de repeler la mala onda de los envidiosos.

Tememos que “nos ojeen” o que “nos salen” porque nuestro éxito supondría que le quitamos al otro una oportunidad. A esto se le llama la “suma cero” en un contexto de bienes limitados. Es decir, te envidio porque al tener tú me quitas la oportunidad a mí, ya que ambos no podemos tener la misma cantidad, ya que no hay más que repartir: tu éxito es mi fracaso y viceversa.

Sin embargo, la primera estrategia mencionada –esa de mostrar transparentemente y sin culpa todo lo que se hace- supone, por el contrario, que vivimos en una sociedad meritocrática donde todos podemos conseguir lo que queremos con esfuerzo porque todos tenemos la misma oportunidad de lograr nuestros sueños.

De algún modo, las redes sociales nos muestran ese desenfado gozoso y abierto. La mayor cantidad de ‘likes’ o aprobación de lo que se exhibe de los logros que muestra la gente: amigos, parejas o familias disfrutando de viajes por fin de año; madres exhibiendo a sus sonrientes hijos, los amos mostrando a sus recién bañadas mascotas, los cebiches que estamos a punto de comernos o la mejor foto que pudimos tomarnos. Nadie tiene temor de mostrar por las redes quién es, qué tiene o adónde fue.

¿Por qué a veces tememos generar envidia debido a lo que tenemos o hacemos, y otras veces nos exhibimos sin reparos? ¿Y por qué cantamos felices “envidia, me tienen envidia”, sintiéndonos reconocidos y otras veces nos ponemos una cinta roja para evitar el daño?

Pues confiamos más en unas personas que en otras (sabemos que algunos nos quieren bien) y sospechamos que en algunos espacios –como los de las redes sociales- podemos jugar a ser exitosos y felices, y a nadie en verdad le importa mucho. En otras ocasiones, salimos corriendo porque tememos la mala onda de los envidiosos.